

letta. Uno de los apologistas del nuevo culto nos dice que en dos años visitaron la montaña santa 300.000 peregrinos (1). Es una nueva emigración de pueblos; sólo que los Bárbaros del siglo IV trajeron á la Europa el espíritu de la libertad, mientras que los Bárbaros del XIX la darían, si triunfasen, la necedad y la superstición. El deseo no les falta, ni tampoco el apoyo del alto clero. Nuestros antepasados, al invadir el mundo romano, encontraron obispos que les predicaron la buena nueva del Cristo; los nuevos Bárbaros se ven evangelizados por los misioneros de la Saletta, creados á ese fin por el obispo de Grenoble y enriquecidos con dones celestes por Su Santidad el papa (2).

## II

Hé aquí la obra de la reacción católica, y por los frutos se conoce el árbol. Un escritor inglés se admira de que el milagro de la Saletta, concebido por la locura, engendrado y fomentado por el fraude, encuentre ilusos á centenares de miles. Y se pregunta si tenemos derecho á envanecernos de nuestra civilización y nuestras luces, en presencia de 300.000 necios que hacen la peregrinación á la Saletta para oír allí el Evangelio de la simpleza y de la impostura. ¿Qué viene á ser nuestra libertad si nos conduce al reinado de la más estúpida superstición? Hombres que creen en fábulas dignas de la bruja del cuento, hombres que se dejan engañar por juegos de cubiletes que no se atreverían á ejecutar los charlatanes en las ferias, hombres esclavos de la más crasa superstición, ¿pueden llamarse libres? (3). Todo eso es una desconsoladora verdad: el mal es efectivo. ¿Donde está el remedio? ¿No podría estar la causa del mal en nuestra misma libertad? Dar la libertad á la Iglesia, ¿no es permitirle corromper á su antojo las fuentes de la vida intelectual y moral? ¿Entregamos la infancia y la juventud á memos y á necios, y nos admiramos de que las nuevas generaciones se compongan de memos y de necios!

No hay más que un medio de curar á los hombres de los errores del alma, es el de ilustrarles, enseñarles lo que hay de innoble en la superstición.

(1) AMADEO NICOLÁS, *la Salette devant la raison*, p. 105.

(2) *Histoire de Notre-Dame de la Salette*, t. 1, p. 251-254.

(3) *Edinburgh review*, Julio, p. 2, 8.

Es preciso, pues, detenernos un poco en este triste espectáculo. Los obispos son los que dan el ejemplo; el de Grenoble evangeliza su rebaño, explicándole las causas y el objeto del milagro de la Saletta; es una especie de filosofía de la irracionalidad: "¿Recordáis la época en que María apareció en la montaña de la Saletta? Fué el 19 de Septiembre de 1846. ¿Y no fué como el prefacio de los más grandes sucesos? Ved las agitaciones populares, los tronos derrocados, la Europa perturbada, la sociedad en la pendiente de su ruina. ¿Quién nos ha preservado, quién nos preservará aún de mayores desastres, sino es la que ha descendido de lo alto sobre nuestras montañas para plantar en cierto modo un signo de unión y de salud, un faro luminoso, una serpiente de bronce hacia la cual han levantado sus ojos las almas piadosas para aplacar la cólera celeste y curarnos de heridas incurables?" (1).

¡Por consiguiente, es la Señora de la Saletta la que nos ha salvado del cataclismo que amagaba tragar la sociedad después del 48! ¿Qué duda tiene! Desde 1848 á 1852, el mal iba en creciente; y ¡cosa singular! una parte del clero, la más levantisca, dió la mano á los revolucionarios; se vieron ungidos del Señor bendiciendo los árboles de la libertad. ¿Qué hacía entonces Nuestra Señora de la Saletta? La señorita Lamerliere peroraba en los clubs y pretendía ser elegida para la Asamblea nacional. Por lo que hace á la Madre de Dios, que está en los cielos, había olvidado completamente á sus devotos y á su pueblo. Fué necesario el golpe de Estado del 52 para salvar á la Francia del abismo; por lo menos así lo dicen los salvadores. ¿Sería acaso la Señora de la Saletta cómplice de aquel acto de violencia? Ella, que manda á su Hijo, nos parece que hubiera podido encontrar un medio más legítimo de salvar á la nación que levantaba santuarios á la Saletta. Expliquennos si quieren ese misterio los devotos de Nuestra Señora del Amparo.

Otro misterio aún. La Inglaterra no brilla seguramente por su devoción á la Madre de Dios, en lo cual hace mal, eso es otra cosa; sin embargo, después del año 48 se preservó de la tempestad que trastornó á la Europa entera. Si es la Madre

(1) *Histoire de Notre-Dame de la Salette*, t. 1, p. 246 y siguientes.

de Dios la que gobierna el mundo, ¿en qué consiste que una nación que se burla de la Saletta se ha visto salva, ó por mejor decir, no ha estado expuesta al peligro, mientras que la Francia, cuna del nuevo culto, se vió conmovida hasta en sus cimientos? Un católico inglés va á responder á estas objeciones de la incredulidad: allí donde nosotros vemos la señal de una protección divina, encuentra él la prueba de la cólera celeste. Oigamos al clérigo que ha escrito el *Manual de la Saletta para uso de los devotos*. Observa que la parte del discurso en que la Señora se lamenta de los vicios del siglo se refiere á Inglaterra tanto como á Francia; ¿y qué digo? los Ingleses son mil veces más culpables, lo cual quiere decir que los carreteros de la Gran Bretaña juran y votan mil veces más que los de Francia, y que allí, ni aun las viejas mismas van á la iglesia. En seguida vienen las amenazas de la Señora; éstas sí que se refieren sólo á la Francia. "¿Qué maldición para la Inglaterra exclama el piadoso devoto. Quien bien te quiere, te castigará. Nosotros no somos castigados; visto es que no somos queridos; estamos abandonados de Dios, y desde que hemos repudiado á la Madre, el Hijo no sienta ya su mano sobre nosotros," (1).

Apresurémonos á consolar á los católicos ingleses. El autor de *El Eco de la santa montaña* nos ha dicho que en su presencia un canónigo llamado Smith preguntó á la pastora de la Saletta: "¿Tenéis algún motivo para creer que el suceso de la Saletta tenga relación con la conversión de Inglaterra? Melania, transformada en sor María de la Cruz, respondió bajando los ojos: "Tal vez tenga alguna razón para pensarlo así." Sabido es que todas las profecías de la joven visionaria son tan seguras como las del Evangelio: pueden, pues, tranquilizarse los Ingleses; y sin duda es para darles una prenda de ventura para lo que se les ha enviado la profetisa, otros dicen que desterrado, á un convento de Inglaterra. Monseñor Ullathorne abunda en esas esperanzas: "Tengo graves motivos, dice el sabio prelado, para creer que una parte de los misteriosos secretos confiados por la Señora á los pastores se refiere al porvenir de la Iglesia en Inglaterra. Afirmo que he reunido de diferentes lados motivos de evidencia bastante poderosos para

creer que María habla de Inglaterra y en términos que dan á entender que pronto vendrán para nosotros días de consolación," (1). Después el papa tuvo conocimiento de esos misteriosos secretos, y no vió en ellos más que un mundo de estupidez. ¡Desgraciada Inglaterra!

## III

Donde hay tontos se puede estar seguro que hay perversos que se aprovechan de la necedad. ¿Para qué sirven los milagros sino para explotar la brutalidad humana? Así nos lo va á decir un cardenal arzobispo, aun cuando con referencia sólo al milagro de la Saletta. Monseñor de Bonald dice en su pastoral ya citada lo siguiente: "Cuidaréis mucho, mis queridos cooperadores, de precaver á los fieles contra esas publicaciones diarias de milagros, de profecías, de imágenes y de oraciones que para algunos comerciantes avaros pueden ser manantial seguro de ilícitas ganancias, pero que para la religión son la causa de dolor y de temor," (2). ¿Quiénes son esos avaros comerciantes que hacen oficio y mercancia de las cosas santas? ¿No serían tal vez los que venden el agua milagrosa de la Saletta, las medallas, las cruces y los escapularios?

Puesto que un arzobispo cardenal denuncia á los comerciantes avaros que hacen tráfico de baratijas religiosas, se nos permitirá insistir en ello. Los apologistas de la Saletta rechazan toda idea de especulación, y según ellos, la venta del agua de la Saletta se hace á precio de coste. ¡Si nos diesen la nota de los costes! Pero ¿es cierto que los compradores de esa agua milagrosa no son más que donatarios? Hay una carga tácita que va unida á la liberalidad, y es la de que cuantos la aceptan hayan de dar una limosna como testimonio de su creencia y de su devoción. Es que eso se da voluntariamente, se dice (3); pero si no lo dieran, ¿se les distribuiría el agua de la Saletta? La respuesta á estas preguntas se encuentra en la pastoral del arzobispo de Lyon, y también se la encuentra en un hecho consignado por el abate Deleón. En 1850, el cura de Corps confesó haber percibido más de 40.000 francos por el agua que había ven-

(1) *Suite de l'Echo de la Sainte Montagne*, p. 54 y nota.

(2) SABBATIER, *Causa de la Salette*, p. 181.

(3) AMADEO NICOLÁS, *la Salette devant la raison*, p. 143.

(1) JOHN WYSE, *Catholic priest, Manual of the confraternity of the Salette* (London, 1856), p. 108, 104.

didó. ¿Tendría aquella agua 40.000 francos de coste? (1).

En cuanto á las medallas y á las otras fruslerías, la venta está confesada. Entre *El Patriota*, periódico de Lyon, y un canónigo de Grenoble se entabló un curioso debate sobre el aspecto rentístico del negocio de la Saletta; y no pudiendo el canónigo negar la venta, respondió á los ataques de su adversario con un gran golpe oratorio; hay que advertir que el canónigo era profesor de elocuencia en el seminario: "¿Se había de dar todo eso de balde? Bien lo hubiéramos querido para responder al fervor de los fieles, y como desearíamos hacerlo con todas las cosas religiosas; pero después de todo, *los comerciantes las venden*, y los sacerdotes no pueden pagarlas por todo el mundo, como comprenderá *El Patriota*." ¡Imprudente profesor de elocuencia! Hé aquí la réplica terrible que le dió el periodista de Lyon: "¡Ah! *los comerciantes las venden!*... ¿Y si entre esos comerciantes se encontrasen clérigos? ¿Y si directamente ó por segunda persona esos clérigos estuviesen matriculados como comerciantes de objetos de piedad? ¿Qué pensarían entonces los señores del cabildo? ¿Qué pensaría la opinión pública, ante la cual se viene á hacer alarde de un desinterés que lo menos malo que tiene es el estar en contradicción con los hechos de todo el mundo conocidos?... Se nos contesta con un aire de devota compunción: *¿Ha de darse de balde todo eso?* No, señores capitulares, no había que dar todo eso de balde; lo que había que hacer era no darlo, porque no está permitido al sacerdote favorecer ni aun gratuitamente la propagación de ideas supersticiosas que embrutece la inteligencia de las poblaciones, á las que tienen el deber de instruir y de civilizar," (2).

La explotación pecuniaria es el menor mal que á la religión hace la Saletta. La historia de la codicia clerical es antigua; ya se ha observado muchísimas veces que en todo lo que hace al clero hay una cuestión financiera; pero la Saletta tiene esta ventaja, que se sorprende á los avaros comerciantes en flagrante delito. Hemos dicho que hay en ello un mal mucho mayor, ó si de otro lado se mira, un beneficio providencial; ya lo lamentan los sinceros creyentes. Oigamos al abate Deleon, que

(1) *La Salette devant le pape*, p. 193, nota.  
(2) *La Salette devant le pape*, p. 185-196.

ha tenido el valor de decir alta y públicamente lo que muchísimos católicos piensan sollozando. "La Saletta es un error, y, por lo tanto, una superstición evidente; sin embargo, el obispo de Grenoble la autoriza, y nosotros añadiremos, el papa la colma de favores espirituales. ¿Qué se sigue de todo eso? dicen los racionalistas. Que todo el catolicismo no es más que superstición," (1). Los protestantes cantan victoria (2). Roma, dicen ellos, ha engañado y dominado durante mucho tiempo al mundo; ella invocaba su tradición para demostrar á cada paso la intervención milagrosa de Dios en favor de su esposa. La Saletta nos ha enseñado cómo se fabrican los milagros; nada más natural que ese sobrenatural; son las malas pasiones del hombre las que en ello dominan; de una parte los incautos y de otra los perversos, los cuales dicen que aquellos están hechos para ser engañados, y se arreglan de modo que la simpleza dure siempre. Bajo ese punto de vista, la Saletta es una excelente especulación; la simpleza humana, cultivada por la Iglesia, ha engendrado el más tonto de los milagros, y la santa necedad engendra una nueva generación de simples. Pero la medalla tiene su reverso. A menos de ser ateo, hay que creer que las tinieblas del error desaparecerán ante la luz de la verdad. Hay, pues, que felicitarse de que la superstición se encargue de destruir por sí misma su imperio. En vano cantará victoria, su triunfo es su ruina. Gracias, pues, á los fabricantes de milagros; ellos apresuran el momento en que el espíritu humano ha de romper sus cadenas.

#### § IV.—Las grandes reliquias ó la explotación en grande de la necedad humana.

##### N.º 1.—La santa túnica de Tréveris.

###### I

El padre Lacordaire escribe desde Tolosa á madama Swetchine: "Todos los miércoles voy á decir misa á la tumba de Santo Tomás de Aquino por la intención de nuestra orden. *Uno de mis primeros cuidados será restablecer el culto de las grandes reliquias*. Ya desde 1852 hay una novena en

(1) *La Salette devant le pape*, p. 24.  
(2) *Edinburgh review*, Julio, 1857, p. 9.

honor suyo por el mes de Julio, y se ha colocado la cabeza en un reclinatorio más digno de él; pero esto no era más que una preparación: el 7 de Marzo es la fiesta de Santo Tomás de Aquino, y en ese día es cuando otras veces los cabildos y la universidad de Tolosa acudían con gran pompa á venerar su tumba; ese es, pues, el día que hemos de procurar solemnizar, y yo espero que encontraremos en todo el mundo, clero, pueblo y administración, el concurso necesario al efecto," (1).

Hé aquí otro de los caracteres de la reacción católica. ¿Es acaso que el culto de las reliquias, grandes ó pequeñas, que tanto fomenta, tiene su principio en la religión? Cuando se examinan las primeras fuentes, no se descubren más que piadosos fraudes, alteración de la historia, ignorancia é idolatría. ¡Singular medio de desarrollar el sentimiento religioso! Añadid á eso la explotación de la necedad humana en favor de la dominación del clero. Por todas partes el mismo espectáculo. En Roma se fabrica un dogma apoyándose en falsificaciones, y se eleva la superstición á la altura de una verdad revelada, viniendo á ser una condición de salud la más necia creencia que jamás se inventó. La Francia rivaliza con Roma; y en la patria de Voltaire se fabrica el milagro más simple que jamás se ha imaginado, uniéndose para ello la locura á la superchería. También la Alemania tiene su parte en esa obra de necedad, parte que resulta ser la más bella de todas, puesto que posee las *grandes reliquias*: las reliquias de las once mil vírgenes, que son reliquias de soldados paganos y de sus caballos; reliquia de Tréveris, la túnica sin costura de Jesucristo, cosida por el fraude en las tinieblas de la Edad Media. Ya en otra parte hemos contado la historia de las once mil vírgenes (2). Hay que detenernos aquí, en la túnica sin costuras, á fin de tocar con el dedo todo lo que hay de innoble en la reacción que se llama religiosa.

En otro tiempo, cuando se reprochaba una superstición á la Iglesia, esta buena y santa madre se lavaba las manos y respondía: piadosa costumbre, devoción respetable, pero introducida sin mi intervención. Gracias á la reacción católica, ahora se reconoce más fuerte y es más franca. Cuando

Lacordaire, el amigo de Lamennais, habla de restablecer el culto de las *grandes reliquias*, no hay que admirarse de que los obispos se apliquen á ello con fervor. En el año de 1844, el vicario general de Tréveris dirigió una epístola-circular al venerable clero y á todos los fieles de la diócesis, en la cual les anunciaba que el prelado, cediendo á las instancias de sus ovejas, iba á hacer una exhibición de la más preciosa de las reliquias, la túnica sin costura de Nuestro Señor Jesucristo. Comprendemos bien que, para aquellos que creen en la Encarnación, la vista de la túnica que llevaba el Dios-Hombre en el momento de su sacrificio debía ser una fuente de emociones religiosas que reavivase y fortaleciese la fe. Pero los católicos, incluso el alto clero, no lo entienden así. En todo lo que hace la Iglesia para la salvación de los fieles y siempre que excita la piedad de éstos, hay un cálculo y anda de por medio una cuestión pecuniaria. La vista sólo de la túnica no hubiera conmovido más que á algunas almas piadosas; para llamar á la multitud se necesitaba otro atractivo. Eso se sabe en Roma de larga fecha: allí se conoce á la perfección el arte de engañar á los hombres en provecho del tesoro pontificio. El papa León X, célebre por la venta de indulgencias, prometió en 1514 la remisión de todos los pecados á todos los peregrinos que fuesen á ver la túnica sin costura depositada en la Iglesia catedral de Tréveris. ¿Una indulgencia gratuita? Así era en apariencia: no se vendía, pero el santo padre tuvo cuidado de añadir una condición, la de que los peregrinos diesen una limosna con destino á la terminación de la catedral (1). El soberano pontífice no dice si llevaba su parte en esas liberalidades: ese es asunto de gobierno interior que no concierne á los fieles; pero en la iglesia de Roma, sabido es que toda cuestión de salud se hace cuestión rentística.

La exhibición se hizo el 28 de Junio de 1844. Un testigo ocular nos dice que se verificó con solemnidad y con unción: el obispo abrió todo conmovido la caja que encierra la gran reliquia, y los asistentes que estaban subidos en sillas para ver mejor cayeron de espaldas (2). ¡Una exhibición de

(1) *Geschichte der Gründung der deutsch-katholischen Kirche*, von EDUIN BAUER, deutsch-katholischen Geistlichen, p. 1.  
(2) *Geschichte des heiligen Roches unseres Herrn und Heilandes Jesu Christi*, von JOSEPH CASPARI, Gymnasiallehrer, zweite Auflage, 1844, p. 36, 37.

(1) Carta del 27 de Diciembre de 1853 (*Correspondencia del Padre Lacordaire y de madama Swetchine*, p. 532).  
(2) Véase mi *Estudio sobre la Reforma*.